





*Ibán M.  
Sánchez Macanás*

**HORRORISMO  
CÓ(S)MICO**

Para Hugo y Eire,  
ojalá algún día veáis caballitos en el Mar Menor

—Hemos entrado en una zona con un alto índice de magia. No me preguntes cómo. Había una vez un campo mágico verdaderamente poderoso que debió de generarse aquí, y estamos notando los efectos secundarios.

—Exacto —dijo un arbusto al pasar.

TERRY PRATCHETT, *El color de la magia*



## NO POR MUCHO MADRUGAR SE ES MEJOR HÉROE

El fin del mundo comenzó tras un grito. Fue un grito provocado más por la sorpresa que por el dolor, con ciertos matices de rabia, frustración y orgullo herido. El típico grito que alguien profería cuando se golpeaba la mano con la mesita de noche al darse la vuelta en la cama mientras dormía.

El protagonista, que así sería llamado durante sucesivos párrafos para proporcionar un leve misterio, sacudió la cabeza tras despertarse y ahogó una maldición al limpiarse la baba, producto de un sueño libre de preocupaciones. Oyó una aterciopelada y sensual voz y buscó ávido algún componente electrónico que quedase encendido antes de caer rendido. Ni radio, ni televisión, ni *tablet*, ni móvil, ni portátil. Los dispositivos le devolvieron su reflejo sobre un fondo oscuro.

La voz paseaba con libertad por la mente del héroe, que, en un rápido arranque de genialidad, acercó la oreja a la pared más cercana al intuir su procedencia en la vivienda contigua. Un acto que habría supuesto algún valor si el tabique de la habitación no hubiera comunicado con el rellano de su planta.

—Oye, dame un poco de margen, que acabo de despertarme. —Se quejó en dirección al techo, sin saber muy bien por qué.

Una pequeña y fugaz idea se formó gracias a la avispada sagacidad del recién levantado. Tal vez, la voz surgida en su cabeza le anunciaba el comienzo de la locura. Tal vez, un ente supremo había abierto una línea directa de comunicación con su cerebro. El héroe se debatió entre ambas opciones mientras se rascaba el cabello oscuro y despeinado, del que emanaban diminutos copos de caspa.

—Dios, ¿eres tú?

Oyó un resoplido de desdén. La duda era un agujero hondo y doloroso en su mente, excavado con saña por su ignorancia. Dios solo era el saco en el que se habían vertido todas las preguntas que los seres humanos no eran capaces de responder. El cajón de sastre de la inopia. No obstante, las palabras materializadas en la mente del héroe encerraban algo más. Albergaban un planteamiento concienzudo y, a

la vez, improvisación. Destilaban pura creación. Eran introducción, nudo y desenlace. Eran la voz del narrador omnisciente.

Un pelotón de dudas entró a golpe de machete en la capacidad de raciocinio del protagonista. La implicación de aquella aseveración destruyó en milésimas de segundo los cimientos de su exiguo entendimiento de la realidad. Sentimientos indescriptibles pugnaron con los conflictos éticos por salir en forma de conclusión grandilocuente. La batalla se saldó en un instante con cero supervivientes, por lo que la respuesta dejó mucho que desear.

—No me jodas...

Un silencio invadió la habitación a la espera de que el héroe añadiese algo más a su poco acertada réplica. Al no producirse esta, el narrador le informó de que él era el elegido. Sin paños calientes, sin la necesidad de una trágica muerte en su círculo familiar que lo empujara a replantearse su existencia e ir en busca de su destino. Sin más florituras ni introducciones repletas de descripciones en las que los epítetos crecían como malas hierbas y donde el lector se perdía la mayoría de las ocasiones. Era una revelación concisa. Una enunciación aséptica. Lentejas. Si las quería bien y si no..., no se admitían quejas. Tampoco devoluciones. Firme aquí. O no, daba igual.

Tras la concreta retahíla de símiles, el héroe asumió que su insustancial vida pasaba a un segundo plano, ya que, desde ese instante hasta la última página, incluidos los agradecimientos, su destino estaba marcado por el sello de la inevitabilidad. En negro sobre blanco, literalmente, a no ser que la editora modificase alguno de los colores en pos de la **innovación literaria**.

Para que tamaña misión no le sorprendiera en pijama de Spider-Man, el elegido abandonó, por fin, la cama y se aseó. Las rutinarias acciones contrastaban con las fantasiosas elucubraciones que Pascual, misterio desvelado, rumiaba a la vez que unos cereales bajos en azúcar. «¿Por qué yo? ¿Qué esperan de mí?».

Las preguntas se dibujaron en la mente del héroe y el narrador celebró que este participase al fin en el avance de la trama sin dejar todo el peso sobre los etéreos hombros de la voz. Las respuestas a las cuestiones entendibles, a la par que previsibles, se proyectaron sobre el hilo de pensamientos del protagonista tras una pequeña pausa dramática y un cambio de párrafo.

Aquel día era el comienzo del fin del mundo. Y solo una persona era la idónea para evitarlo.

—¿El fin del mundo? ¿Aquí, en Murcia?

Las mismas preguntas escépticas aparecieron en las mentes de aquellos pastores que, al conocer el lugar de nacimiento del mesías de toda una religión, pu-

sieron en duda aquel alumbramiento, advirtiendo las condiciones lamentables que lo rodeaban. «¿Cómo va a nacer en Belén el hijo de Dios? ¿Aquí, en un pesebre? ¡Estarás de broma! ¿Cómo pretendes que nuestro salvador yazca en esta cochambrosa paja? ¡Qué menos que un poquito de viscoelástica! ¡Qué barbaridad!».

Sin embargo, aunque pareciese mentira y del todo inadecuado, los hechos históricos y fantásticos también ocurrían en los lugares más insospechados, no solo en capitales y urbes importantes.

—¿Y por qué yo? ¿Qué tengo de especial? —preguntó el elegido al techo mientras se ponía su camiseta preferida de *El señor de los anillos*, acorde con la épica tarea que lo aguardaba.

Nada. Pascual no tenía nada de especial en absoluto. De hecho, si se hubiese llevado a cabo un estudio en el que se valorara del uno al diez a cada uno de los seres humanos de la Tierra, nuestro protagonista habría estado, como mucho, a ras de la media. Por abajo. Y más si se tenía en cuenta la etapa de su vida en la que se encontraba. Sin la posibilidad de estudiar ni trabajar. Y no por elección propia.

Por un lado, la universidad y él habían llegado al culmen de su relación basada en el intercambio de títulos por dinero. En ese punto, la facultad le comunicó que, por desgracia, no poseía más estudios de posgra-

do o másteres en su especialidad de Biología con los que afianzar su vínculo. Por otro lado, el amor a la tierra que lo había visto crecer y ponerse en ridículo decenas de veces le dificultaba el éxodo profesional al extranjero, lo que había causado su destierro al ostracismo debido al más hilarante de los motivos: la sobrecualificación.

Por suerte, había encontrado una vía de escape a la frustración laboral que sufría. Devoraba cuantos libros de fantasía caían en sus manos, buscando, quizá, un mundo en el que un biólogo encajara más, como un lugar en el que fuese el creador de una versión mejorada de los *uruk-hai* o un alquimista en Salamanca. Esa afición le había ahorrado bastantes llantos sobre la almohada; sin embargo, también le había dejado un bonito bronceado blanco nuclear que contrastaba con el tono oscuro de su pelo y la musculatura propia de una figura fabricada con alambre.

—Entonces, ¿por qué me ha caído a mí esta responsabilidad?

La respuesta no era obvia. El protagonista había sido elegido por un motivo sencillo y para nada relacionado con ninguna de sus habilidades: ser el más madrugador. No de la historia, ni del mundo, ni siquiera de su país, sino del pequeño pueblo costero donde un evento extraordinario iba a suceder.

La magia era caprichosa e impredecible y, por tanto, su nacimiento resultaba incomprensible para las mentes racionales humanas. El hecho de que Pascual hubiese despertado antes que nadie solo se debía a su torpeza.

—¿Soy el elegido porque me golpeé con la mesita de noche?

Las conclusiones del héroe distaban mucho de ser ciertas. No obstante, rompiendo una lanza en su favor, se entendía que desconociese los entresijos del cosmos y sus subproductos. Acumulaciones de energía aderezadas por caricias estelares cobraban vida sin poseer un cuerpo material. De entre todos ellos, existía uno en particular que destacaba. La magia fluía, exploraba, vivía. Como un pensionista en los viajes del Imsero. Solo que, en lugar de sustentarse con copiosos menús diarios a precios razonables, se alimentaba a base de curiosidad. Y, motivada por esta, en algunas ocasiones se adentraba en una nueva dimensión para mimetizarse entre los seres que la habitaban y observarlos. De esa forma, le era más sencillo entenderlos y así determinar si en ese mundo tendría cabida o sentido. Y, cuando se aventuraba, elegía siempre un ente sobre el que materializarse. A veces más acertado; otras, la mayoría, del todo inadecuado.

En ese caso, el ser se había asomado a un diminuto planeta azulado ubicado en una galaxia menor, en un

rincón del cosmos no muy recomendable. Lo que había llamado su atención era la inminente apertura de un portal en aquel primitivo lugar. Un portal imposible en esas coordenadas e improbable en aquel plano dimensional. Y, sin embargo, allí estaba. La magia lo notaba, sentía el cosquilleo cósmico que un ente superior sin un cuerpo material advertía cuando se creaba una nueva relación entre mundos. En caso de extrapolar esa sensación a una persona, sería como si su sangre se evaporara. La energía en torno a ella vibraba, brillaba, efervescía.

Para adentrarse en aquel remoto mundo, había tomado la forma de uno de los elementos más habituales de dicho lugar: las palabras.

—¿Todas las palabras? —Nada más formular la pregunta, el héroe se tapó la boca con ambas manos. Miró a su alrededor y, como no distinguió ninguna consecuencia desagradable, se aventuró a seguir preguntando—. ¿He hecho magia con esta pregunta? ¿Y con esta?

Pascual miró al espejo a la espera de que el narrador se materializara en su reflejo, como si se tratara de una película de miedo de bajo presupuesto.

—Abracadabra, que me desaparezca esta barba... de cabra —recitó con voz grave mientras se acariciaba las mejillas cubiertas de una fina pelusa para después elevar los brazos al cielo y esperar.

El ser superior aguardó hasta que su elegido sintió la vergüenza ajena provocada por el intento de hechizo y desistió de su paupérrima teatralización, junto con la idea de afeitarse.

Era lógico que no todas las palabras formasen conjuros. Si así hubiera sido, cualquier frase pronunciada habría conllevado un acto mágico y, dada la cantidad de oraciones por segundo que se verbalizaban en todo el mundo, este habría colapsado en pocos minutos. El ente necesitaba algo más preciso. Nada de un idioma completo, solo serviría un grupúsculo residual dentro del maremágnum de léxico existente. Un subconjunto de expresiones, relacionadas entre sí y accesibles a los habitantes de la zona cercana a la apertura del portal.

Encontró uno. Justo un milisegundo antes de que Pascual diera los buenos días con su mano a la mesita sueca de pésima calidad. Entonces, las primeras palabras adquirieron conciencia y se tornaron de una realidad densa, apretada. Quizá no de la forma en la que cualquiera habría esperado. Tampoco era elegante reprochar a la magia aquel desliz, si se tenía en cuenta que tan solo unos minutos antes ni siquiera conocía la existencia de dicho planeta. Tras ese acto mágico involuntario se estableció el vínculo entre Pascual, el elegido, y el narrador omnisciente que describe este

capítulo inicial, su creador, su guía, su oráculo, su divinidad. Así cobró vida el primer dicho del refranero español.

A quien madruga, Dios le ayuda.



## PERRITOS IGUALES, SÍMBOLO DE NOVEDADES

Yaya Gorda debía el sobrenombre a su nieto menor. Lo usó por primera vez a la tierna edad de tres años, para diferenciarla de su otra abuela, a la que también creía oportuno llamar «yaya», pero que era visiblemente más delgada. Cuando utilizó el apodo, lo hizo con tanta espontaneidad y certeza, tan desprovisto de maldad, prejuicios y soberbia, que lo tomó como un adjetivo descriptivo más, apropiándose de él, y lo llevó como un orgulloso emblema. El apelativo, dicho con sorna al comienzo por los primos y hermanos mayores, fue aceptado enseguida y, poco a poco, se introdujo en los miembros adultos de su círculo familiar, que lo asimilaron con la naturalidad que poseía cualquier otro título.

El estallido final se produjo cuando sus nietos, en comando militar, la asaltaron un día que jugaba al par-

chís con sus amigas en la terraza de la heladería del pueblo al grito de «Yaya Gorda, un euro para golosinas, por caridad». Una vez que el apodo llegó a oídos, unos más sensibles que otros, de sus compinches vespertinas, se convirtió en el nombre oficial de la anciana. Tres días después ya nadie la llamaba de otra forma.

La cuasioctagenaria acostumbraba a vestir con lo que cualquiera que no la conociera lo suficiente diría que era un sempiterno vestido azul oscuro con flores blancas. Sin embargo, nada más alejado de la realidad, ya que el abanico de vestidos azul oscuro con flores blancas era tan amplio como variado. No obstante, uno tenía que ser un experto y haber dedicado la infancia y parte de la adolescencia a la búsqueda de Wally, su gorro, su bastón, su libro y su perro para darse cuenta de los sutiles matices diferenciadores. Un pétalo extra por aquí, una hoja de más en el tallo, la orientación e, incluso, el patrón de repetición podían variar. El color era la única característica constante. Nadie sabía cómo encontraba tanta variedad de motivos florales sobre la misma tonalidad azulada. Era un secreto que Yaya Gorda se llevaría consigo a la tumba.

La vestimenta clásica de abuela rural contrastaba con sus Asics Gel Noosa que todos los años renovaba gracias a los regalos de Navidad de sus nietos. Los deportivos, aunque también floreados, poseían una mez-

cla estridente de colores, que iban del tono pastel al fluorescente, y hacían sentir a su dueña que andaba sobre algodones. Algo que, a sus setenta y nueve años, agradecía. Sabía a la perfección que aquel calzado estaba pensado para deportistas centrados en el triatlón y, en verdad, Yaya Gorda poseía el suyo propio: parchís, orujo y paseo. Cada tarde, de lunes a viernes. Hiciera un sol abrasador, llovieran chuzos de punta o la ventisca amenazase con arrastrarlo todo hasta el confín del mundo. Daba igual. Esas eran sus tardes, su afición, incluso su religión. Los fines de semana descansaba, al menos, del parchís y del paseo.

Los sábados y domingos los empleaba en visitas a distintos familiares. Había tenido cuatro hijos antes de quedarse viuda y ninguno después, no por absurda lealtad a su marido, sino por la coincidencia de la aparición de la menopausia. A su vez, sus hijos habían tenido una media de dos coma cinco vástagos, a los que visitaba siguiendo un patrón que solo la anciana conocía. Cada fin de semana, Yaya Gorda subía al autobús y se embarcaba, o más bien se *embusaba*, dispuesta a pasar el día con unos o con otros. Nunca avisaba y, sin embargo, nunca fallaba.

La comida era su tarjeta de visita. Para la matriarca no había mejor manera de presentarse ante alguien que poniendo delante de sus narices un túper hu-

meante de alguno de sus excelentes guisos. La cocina era otra de sus aficiones, aunque más bien se trataba de un vicio, ya que leía y coleccionaba recetas hasta casi alcanzar el nirvana. Su otra pasión eran los refranes o, como ella lo llamaba, el saber popular.

Según ella, cualquier lección vital estaba descrita en un refrán u otro y así lo proclamaba a todo aquel que quisiera escucharlo. Y al que no, también. No desperdiciaba nunca la oportunidad de alardear de su conocimiento sobre el tema y, si alguien la informaba de un nuevo dicho, se convertía al instante en una persona de total confianza, fuese cual fuese su edad, género o condición social. Para Yaya Gorda, solo la muerte y los refranes igualaban a todas las personas.

Por esa misma razón, cuando la Encarni aporreó su puerta envuelta en lágrimas y arrastrando de una correa un monstruo cuadrúpedo carente de rostro, lo primero que pasó por la mente de la anciana fue la lista al completo de refranes en busca de uno que cuadrara con la escena que tenía ante sí.

No encontró ninguno, lo que le aceleró las pulsaciones.

Su amiga y vecina, una septuagenaria espigada férreamente convencida de que su edad se debía a un error de varios lustros cometido por el funcionario que registró su nacimiento, sujetaba una cinta, cuyo

extremo terminaba en lo que parecía la reconstrucción de un perro con trocitos de resina seca. Con la otra mano se retorció un mechón de su media melena color ceniza, orgullo y prueba de su juventud no verificada de forma oficial.

Yaya Gorda sintió la necesidad de un chupito de orujo que borrara aquella imagen de su memoria.

—¿Se *pue* saber que *t'ha pasao*, hija de mi alma? Pasa, anda, pasa. —La anfitriona se apartó de la puerta para permitir la entrada a su amiga—. No te me quedes en el portal. ¿Y qué es eso que llevas a rastras? No me digas que es otra figurita que *t'han endosao* en el *mercao*.

Ante las preguntas de Yaya Gorda, la Encarni amplificó el llanto y sacó el pañuelo de tela que guardaba en el sujetador para enjugarse las lágrimas. Dada la falta de respuesta verbal, la anfitriona condujo a su invitada hacia la cocina, donde le señaló una silla para que se repusiera de su aflicción. La sorpresa de la dueña de la casa al ver que la figurita caminaba por sí sola fue mayúscula, pero solo mostró su reacción al arquear las cejas hasta lugares de la frente nunca antes alcanzados.

La vecina tomó asiento mientras perpetraba diferentes pucheros y ataba con cuidado a su terrorífica mascota al respaldo. Por su lado, Yaya Gorda, conocedora del

catalizador que requerían las situaciones de mayor urgencia, sirvió un par de chupitos regados de su segundo mejor orujo antes de sentarse frente a ella en la mesa de la cocina. La Encarni era amiga, de las íntimas, pero no llegaba al nivel de su mejor orujo. Solo ella misma llegaba. Y tal vez Julio Iglesias, si un día tenía a bien visitarla.

La primera ronda desapareció entre un sollozo y otro de la invitada. Tras el segundo trago, esta hizo acopio de las fuerzas suficientes para narrar el origen de su pesadumbre.

—Si es que *to me tie* que pasar a mí. —Suspiró dando un sonoro golpe al recipiente contra la mesa.

Yaya gorda asintió en silencio mientras llenaba por tercera vez los vasos hasta el borde.

—Esta mañana me fui bien temprano a la consulta del practicante *pa* que me curara lo del porrazo del otro día. Me llevé a mi pequeñín como siempre y lo dejé *atao* en la puerta del ambulatorio y cuando salí..., cuando salí... me encontré esto. —Señaló con ambas manos la deconstrucción de su amado perrito.

La Encarni rompió a llorar, como una persona alérgica en primavera. Curro, si es que era cierto que aquello era la mascota de su amiga, pestañeó y, al hacerlo, una docena de bolitas marrones se agitaron inquietas por encima de sus párpados. Yaya Gorda se fijó en que la forma de la figura tenía cierto parecido con

el escuálido galgo; sin embargo, era como si un niño hubiese pegado miles de piedrecitas sobre la piel del can. Estas se deslizaban unas sobre otras como placas tectónicas, lo que producía un efecto visual desagradable e hipnótico. La anfitriona apartó la mirada, asqueada por la visión de aquella tintineante superficie, y apuró su tercer vaso. Tras vaciar su contenido, lo alejó para no caer en la tentación de un cuarto envite.

—¿Tú estás segura de que este es tu perro? ¡A ver si *t'han dao* el cambiazo!

—*Pos* claro que estoy segura. —La Encarni arrastró la silla hacia un lado para que las dos vieses al galgo—. Reconocería los ojos de mi Curro en cualquier parte. Alguien me lo ha *maldecío*. No hay otra explicación.

Las dos ancianas contemplaron a la mascota en silencio mientras esta les devolvía la mirada. La anfitriona se percató de que no había emitido ningún sonido desde que entró por la puerta. Movidada por la curiosidad y venciendo el asco que sentía, se levantó de la silla para inspeccionar al chucho con detalle. Entrecerró los párpados y arrugó la nariz para ver mejor, como si enfocara el visor de una cámara, y acercó despacio la mano derecha al rostro del perro. Este la observaba sin tan siquiera pestañear. Yaya Gorda esperaba que no lo hiciera o sería incapaz de continuar.

Rozó con el índice la superficie de aquella costra oscura y se le desencajó la mandíbula cuando esta se estremeció bajo su contacto. La anciana ahondó entre dos de aquellas diminutas escamas. Al aplicar algo de esfuerzo, separó parte de la piel de Curro, dejándola encajada entre la uña y la yema. Se acercó entonces el dedo a los ojos para contemplarla mejor. Su estupor fue total cuando la piedra saltó desde el extremo hasta la mitad de su mano. El grito que soltó cortó de golpe los sollozos de la Encarni. Sin embargo, no impidió a la diminuta escama continuar con su paseo hasta que la anciana se sacudió para quitársela de encima.

—¡Por San Juan bendito! ¡Si son pulgas!

De un furioso pisotón, la cuasioctagenaria acabó con la vida del insecto caído al suelo.

—¡Pulgas! ¡Imposible! Mi Currito es el perro más limpio del barrio. —La vecina se levantó de la silla a la vez que elevaba también un dedo índice admonitorio.

—*Pos* júzgalo tú misma —sentenció Yaya Gorda mientras recogía el cadáver aplastado y se lo mostraba a su amiga—. Que yo sepa, las piedras no saltan así.

—¡Ay, Dios mío! *Tie* razón, pero ¿cómo es posible? —La Encarni se ajustó la rebeca que llevaba siempre sobre los hombros—. Si solo lo dejé en la puerta media hora. Es imposible que se llenase de pulgas de esa manera. ¡Y sin moverse del sitio!

—No sé, hija mía. Desde luego que esto es *mu* raro.  
¿Has *notao* algo más?

—¿Algo más? ¿Te parece poco? —Señaló al perro.

—La *verdá* es que no, pero, puestos a que pasen cosas extrañas, ¿por qué detenerse en una?

El razonamiento de la anfitriona era impecable y su amiga no tuvo otra que darle la razón con varios asentimientos de cabeza, pese a que le fastidiara en lo más hondo de su estómago.

—Cuando pregunto es por algo, chica, que perro viejo no ladra en vano.

Al terminar de pronunciar la última palabra, Yaya Gorda notó una pequeña explosión en la lengua. Un sabor dulce y ácido le invadió la boca y dejó el rastro de una niñez que nunca tuvo. Acto seguido, Curro, cuyo mutismo ya rozaba lo inquietante, ladró varias veces. Las dos amigas se sobresaltaron y miraron al animal esperando, sin saber muy bien por qué, a que el chucho añadiese algo más. Por supuesto, el can no hizo nada en absoluto, solo observaba a la anfitriona, concentrado, como si pudiese adivinar los pensamientos de esta, lo cual supondría una doble proeza: leer la mente y entender el lenguaje humano. Y no una lengua cualquiera, sino un dialecto como el panocho, para más inri.

La Encarni contemplaba a la embelesada pareja con los dientes tan apretados que en cualquier momen-

to saldría disparada una de las prótesis. El chirrido de sus muelas era un metrónomo que marcaba el tiempo que la ignoraban. No soportaba la complicidad creada entre ellos. Por su parte, Yaya Gorda rumiaba una idea difusa. Una solución a aquel extravagante problema que entreveía. El perro ladró de nuevo. Una sola vez. Como si le confirmara que iba por buen camino.

—Si queréis intimidad me voy, ¿eh? —dejó caer la dueña del can mientras colocaba las manos en las caderas y los brazos en jarras.

La anfitriona desvió la mirada hacia su amiga, un tanto avergonzada por aquel momento de sincronismo animal. El gesto fue suficiente para mandar al traste la borrosa imagen de la respuesta a aquel enigma.

—Hija, perdona. Solo estaba pensando en cómo solucionar lo de tu Curro. Encima que una se toma la molestia...

—Nada, no te molestes más. —La Encarni sacudió la mano como si de esa forma borrarse lo ocurrido en el último minuto—. Bastante has hecho con averiguar lo de las pulgas. Me marchó al veterinario a que me manden algo *pa* matar los bichos.

Su vecina dio por zanjada la conversación y la visita tras su comentario, por lo que avanzó un paso hacia la puerta y pegó un contundente tirón de la correa de Curro. Este se mantuvo en el mismo sitio. Yaya Gorda

apreció por un instante el destello de rabia en los ojos de su amiga. Su súbita huida y sus rudos modales le provocaban un sentimiento de culpa, aunque conocía de sobra los estallidos de celos de la Encarni, por lo que concluyó, también dentro del mismo momento, que era esta quien necesitaba un tratamiento para que acabaran con sus malas pulgas.

Tras un par de insistentes tirones más y una mirada triste tratando de salir a flote en un mar de insectos, finalmente dueña y mascota se marcharon de la casa en busca de una solución que devolviera la normalidad a sus vidas. Por su parte, la anciana regresó a la cocina tras despedir a ambos y se dispuso a recoger la mesa mientras asimilaba la escena que había presenciado. Sentía cierta lástima por Curro. Tenía tendencia a preocuparse por los más desvalidos, sobre todo desde que sus hijos y nietos habían crecido y ya no la necesitaban como cuando eran pequeños.

Chascó la lengua con el propósito de rescatar aquel estallido de sabor previo a la conexión canina. No tuvo éxito y, sin embargo, la esquiva respuesta seguía allí, casi al borde del entendimiento, en un coqueteo insistente con su raciocinio. Entonces cayó en la cuenta de lo que había dicho justo antes de que el perro ladrara, antes de notar aquel regusto familiar y textura en su paladar.

Aquello no estaba bien. Se rio en voz alta de sí misma por si alguien que no estaba allí escuchaba sus pensamientos. Su risa se apagó lentamente, como quien da desganados golpes con un martillo al terminar una faena, mientras valoraba de nuevo aquella posibilidad. Era una estupidez. Una soberana ida de pinza. Y, sin embargo, no perdía nada por comprobar la veracidad de su teoría. Estaba sola, nadie la juzgaría. Si resultaba no ser cierto, y a todas luces no lo era, nadie lo sabría jamás. Pensó en lo que dirían sus amigas si la hubiesen visto en aquella circunstancia y sacudió la cabeza para deshacerse de esas ideas. Peor era quedarse con la duda.

Fregó los dos vasos mientras la emoción le cosquilleaba la nuca y un experimento tomaba forma en su pensamiento. Al terminar, se secó las manos en un trapo ajado y se alisó el vestido, preparándose para el siguiente paso. Abrió el congelador y raspó parte del hielo acumulado en la base. Se acercó al fregadero con el montón de escarcha recogida y la depositó dentro. Aunque no ocurriese nada, era mejor ser precavida.

Se aclaró la garganta, seca ante aquel emocionante momento, y pronunció la frase que tenía en mente:

—Corazón alegre sabe hacer fuego de la nieve.

Un intenso fulgor anaranjado se vislumbró desde el exterior a través de la minúscula ventana de la cocina.